

---

**CERDÀ, UNA REIVINDICACIÓN PERMANENTE.  
APUNTES DE UNA CONVERSACIÓN CON BERNARD MILLER**

Joan Tort Donada  
Universitat de Barcelona  
jtort@ub.edu

Albert Santasusagna Riu  
Universitat de Barcelona  
asantasagna@ub.edu

---

**Cerdà, una reivindicación permanente. Apuntes de una conversación con Bernard Miller (Resumen)**

Se hace un repaso sintético, a través de una entrevista, a la trayectoria vital del arquitecto y urbanista británico Bernard Miller, con un énfasis particular en su intensa y dilatada dedicación al estudio y la difusión de la obra de Ildefonso Cerdà. Miller, que se sumerge en Cerdà a partir de la primera exposición dedicada en España al personaje (Universidad de Barcelona, 1976), ha trabajado como traductor multilingüe para las Naciones Unidas y las instituciones europeas, además de colaborar en la enseñanza de programas de planificación, urbanismo y vivienda y ser uno de los responsables organizativos de varias primeras elecciones democráticas en países africanos. Miller ha sido toda su vida un activo difusor a escala internacional de las ideas y de la obra del insigne urbanista, del cual reivindica su plena actualidad y su gran potencial de futuro.

**Palabras clave:** Ildefonso Cerdà, reforma interior, Londres, Barcelona, redes urbanas, urbanismo participativo, Julio Verne.

---

**Reclaiming Cerdà for the future. Notes from a conversation with Bernard Miller (Abstract)**

This text, organized as an interview, concerns the life history of Bernard Miller, British architect and urban planner with a particular interest in the ideas and global work of Ildefonso Cerdà. Miller has immersed himself in Cerdà since before the first exhibition in Spain dedicated to his memory (University of Barcelona, 1976). He has worked, *inter alia*, as a multilingual interpreter for the United Nations and European institutions as well as working in training programmes on urban development planning and housing and leading programmes tasked with the organisation of first democratic elections in African countries. Miller has also throughout his life been an active defender and disseminator of Cerdà's ideas and thought all over the world.

**Key words:** Ildefonso Cerdà, urban planning, London, Barcelona, urban network, participatory urban planning, Jules Verne.

---

Una historia del “redescubrimiento” de Ildefonso Cerdà en España en el último tercio del siglo XX sería incompleta si no añadiéramos, al grupo de impulsores de su estudio y de su difusión en sentido amplio, que comienza con Fabián Estapé, el nombre del arquitecto y urbanista británico Bernard Miller. Miller (Londres, 1949) conoce de joven la figura y la obra de Cerdà, con motivo de sus estudios universitarios, y queda fascinado por la originalidad y la fuerza de sus propuestas –que asume, desde entonces, como un referente y un modelo de su manera de analizar y entender la ciudad y las políticas urbanas. El hecho, además, que uno de sus primeros viajes a Barcelona en búsqueda de información sobre Cerdà coincida con la clausura de la primera exposición que se dedica en España a Cerdà, en 1976 (celebrada en el edificio histórico de la Universidad de Barcelona, y considerada un hito en su género), le lleva a involucrarse a fondo en el estudio y la divulgación en sentido amplio de nuestro personaje. Una tarea en la que ha persistido desde entonces, y que, con motivo de una de sus actividades profesionales –traductor multilingüe de las Naciones Unidas, del Parlamento Europeo y de la Comisión Europea–, ha tenido la posibilidad de llevar a cabo en un buen número de países y de grandes ciudades del orbe.

Nos interesa, en el contexto descrito, acercarnos a Bernard Miller para conocer, a partir de su propio testimonio, el detalle de algunas de las facetas de su trayectoria que reflejan con mayor claridad la profundidad de su conexión con el pensamiento y con las ideas de Cerdà. Una conexión que intuimos que tiene, también, una dimensión lingüística: si en Ildefonso Cerdà el rigor lingüístico es condición *sine quae non* para la construcción de una nueva ciencia (el urbanismo), en el caso de Bernard Miller el plurilingüismo ha sido la llave que le ha abierto la posibilidad de comunicar su perspectiva sobre Cerdà en múltiples direcciones. Incluido el difícil (y poco habitual) ejercicio de traducir el castellano original de sus obras al inglés actual.<sup>1</sup>

.....

**Pregunta.** *Nos gustaría empezar la entrevista preguntándote por tus orígenes, en el seno de una familia inglesa de clase obrera y profundamente arraigada a la ciudad, desde principios del siglo XX, a través de la política local.*

**Respuesta.** Mi madre nació en 1922 en una casa en el centro de Londres donde, curiosamente, había vivido Charles Dickens en sus años más pobres, cuando trabajaba en una fábrica de cera de zapatos. Era una casa muy bonita construida para una nueva burguesía que nunca llegó allí: tenía seis habitaciones y en cada una vivía una familia. Había un lavabo en la entrada y un aseo en el jardín. Cuando mi madre tenía 6 o 7 años, mi familia materna se trasladó a una casa particular en un barrio al este del centro de Londres llamado Dalston. Allí, mi madre creció y fue a la escuela. Pero su familia era muy humilde y tuvo que dejar los estudios a una edad muy temprana. Tenía una beca para seguir estudiando, pero solamente cubría los gastos de la enseñanza y no daba para subsistir, de modo que mi madre tomó la decisión de dejar la escuela

---

<sup>1</sup> El presente texto ha sido construido a partir de una conversación mantenida con Bernard Miller en Londres, en abril de 2019, y ha sido posteriormente revisado por el propio entrevistado.

a los catorce años y se puso a trabajar en distintos lugares. Cuando comenzó en Gran Bretaña la Segunda Guerra Mundial, mi madre tenía diecisiete años y trabajaba en las oficinas de una empresa dedicada a la fabricación de máquinas para pesar productos químicos e industriales. Y esta fábrica se transformó rápidamente en un centro de producción útil para la guerra. Así las cosas, con solo diecisiete años, mi madre tuvo que asumir un cargo de elevada responsabilidad en la empresa, pues todos los hombres fueron enviados al frente. Y a partir de aquel momento tuvo la certeza que, con esfuerzo, podría dedicarse en la vida a cualquier cosa que le apasionara. Como, por ejemplo, a la política.

**P.** *¿Y cómo se introdujo, tu madre, en este mundo?*

**R.** Una vez terminada la guerra, un amigo le pidió que se presentara como candidata a las elecciones municipales por el Partido Laborista. Y lo hizo: con poco más de veinte años se convirtió en la concejala más joven de Londres. Y empezó a dedicarse al problema de la vivienda. En parte, por su propia historia, habiendo nacido pobre y en una vivienda horrible. En aquel momento, ocurrieron también dos cosas que cambiaron sus perspectivas: se quedó embarazada de mi hermana y, a la vez, le diagnosticaron la enfermedad de Hodgkin, es decir, un cáncer en el sistema linfático. Los médicos le dieron tres meses de vida. Además, con mi padre vivían en condiciones paupérrimas, en una sola habitación, esperando que la administración local les adjudicara una vivienda. Era un contexto muy duro, de crisis muy profunda: durante la guerra se había destruido entre un treinta y un cuarenta por ciento de la vivienda en Londres. El nuevo gobierno laborista se había dedicado a promover nuevas viviendas, pero no se podían construir de la noche a la mañana. Mi padre solicitó una, alegando que mi madre estaba enferma y embarazada... y le contestaron que si tenía una esperanza de vida tan corta no la necesitaba. Tuvieron la suerte de poder comprar una casa pequeñísima medio arruinada dentro de una gran parcela de terreno. Necesitaron diez años de trabajo duro para crear un verdadero hogar. Por fortuna, y gracias a un tratamiento experimental radioterapéutico diseñado por un médico israelí, mi madre se recuperó. Le salvó la vida. Y decidió que tenía que luchar por la gente que necesitaba una vivienda digna.

**P.** *Una mujer valiente y luchadora, sin duda. ¿Cuáles eran sus planes para la vivienda de Londres?*

**R.** En los años cincuenta fue elegida jefa del Departamento de Vivienda del barrio de Stoke Newington, que ahora es parte de Hackney. Promovió, desde este cargo, la construcción de muchos pisos y casas, siempre procurando que hubiera también infraestructuras de servicio: guarderías, escuelas, tiendas, talleres, lugares para producción artesanal e industrial, comercio, espacios para la cultura, los deportes, el culto religioso... Por aquel entonces, la mayoría de partidos políticos estaban de acuerdo en que la vivienda era una prioridad para la reconstrucción del país. De hecho, entre un setenta y un ochenta por ciento de la construcción nueva era de iniciativa pública municipal. No existía una iniciativa privada significativa. Mi madre trabajaba mucho, pero su dedicación a la política era complementaria a su trabajo y no cobraba por ello. Los concejales solo tenían los llamados *loss of earnings*, una pequeña compensación por no poder trabajar mientras ejercían el cargo, pero no era ni mucho menos suficiente. Aunque los médicos dijeron a mi madre que había perdido la capacidad de tener hijos, se quedó embarazada de nuevo, esa vez de un niño, que llamaron Bernard. A pesar de los avisos de los médicos que podía resultar

fatal para ella y para el bebé, yo nací y crecí en la casita que habían reformado mis padres. Diez años más tarde, el ayuntamiento decidió comprar nuestra casa por el terreno, y nos obligaron a trasladarnos a otro lugar. Fuimos a vivir al barrio de Saint Pancras, que ahora forma parte de Camden. Mi madre fue nuevamente elegida como representante política en esta circunscripción.

**P.** *Además de la concejala más joven, probablemente fue una de las primeras mujeres en la política local de Londres...*

**R.** No fue de las primeras, pero en aquella época las mujeres aún constituían una minoría en la vida política del país. Durante esos años, mi madre luchó para que hubiera más representación femenina en el Ayuntamiento y en el Parlamento. De hecho, en el año 1971 fue elegida *Leader* del Consejo de Camden, un cargo con verdadero poder en el sistema político de aquel entonces. El *Leader* del Consejo tiene poder de dirección y orientación. El alcalde tiene un papel simbólico... Preside las reuniones, pero no tiene poder político real. Ella fue la primera mujer en ser *Leader* de un consejo de Londres. Para el nuevo ayuntamiento de Camden en 1965, con sus colegas políticos, mi madre creó los Departamentos de Arquitectura, de Planificación y Urbanismo Municipal y de Vivienda, y concibió una serie de programas de vivienda magníficos, que incluso ganaron premios internacionales. Se inspiró mucho en modelos escandinavos, y particularmente en obras de arquitectos daneses que, en aquel momento, eran mucho menos conocidos que en la actualidad. En 1973, se presentó a las elecciones generales al Parlamento, y fue elegida por la circunscripción de Ilford North. Estuvo allí durante tres años, y luego enfermó de nuevo. Lamentablemente, murió al cabo de seis meses. Mi madre se preocupó siempre por la vivienda, pero también por la educación. Tenía muy claro que una sociedad educada en los valores de igualdad, justicia, la honradez y la paz era algo fundamental.

**P.** *¿Cómo era la educación de un joven niño en Londres, como era entonces tu caso?*

**R.** En Inglaterra las escuelas, en aquel momento, tenían dos líneas de enseñanza: una técnica y otra intelectual. Yo fui a una Grammar School, que formaba parte de la segunda. Con mucha ilusión, la primera semana me presenté para formar parte de la orquesta, y el profesor responsable, alemán de la vieja escuela, me prescribió que debía tocar el violín y no el piano. Yo le dije que no podía tocar el violín, porque mi oído era muy sensible y no podía soportar el sonido de un instrumento mal tocado... Y me dijeron que o violín o nada. Una mala experiencia. Pero, por suerte, tuve de buenas. Por ejemplo, fui de intercambio a Dinamarca. Al cabo de un día de estar con mi familia de acogida, me dijeron que debía aclimatarme y empezaron a hablarme en danés. Dos semanas más tarde, yo ya hablaba danés, y descubrí dos cosas que serían muy importantes en mi vida: que tenía una gran facilidad para aprender idiomas, y que era una cosa muy útil hablar más lenguas que el inglés, porque me iba a permitir comunicarme con los extranjeros. A la vuelta del intercambio, empecé a estudiar francés, latín y más tarde alemán. Mis profesores detectaron ahí un punto fuerte, de manera que potenciaron mi aprendizaje de más y más idiomas. Aunque, desafortunadamente, esto comportó que dejara de lado otras materias de interés como la historia, la geografía, la física, la química o el arte. De repente, me encontré con un montón de idiomas... pero nada más.

**P.** *¿Y cuándo empiezas a interesarte por la arquitectura?*

**R.** Fue algo progresivo. A la edad de nueve años ya dibujaba casas sin darme cuenta que eso podría ser un futuro trabajo. Luego, en las clases de historia me dedicaba a dibujar edificios de la época que estábamos estudiando y mis profesores me criticaron por hacerlo. Una amiga de mi madre, que era antropóloga, me preguntó a qué me quería dedicar. Le dije que quería estudiar japonés en la Universidad de Cambridge, básicamente porque era algo muy difícil y eso me motivaría. Pero ella me contestó que siempre me había visto como ingeniero o arquitecto, y me convenció para que estudiara matemáticas y física con la idea de poder cursar arquitectura. Y decidí empezar mis estudios en la Architectural Association (AA), la escuela de arquitectura más antigua del país. Era una escuela independiente, pues no formaba parte de ninguna universidad y tenía un estatus jurídico especial (*mandatory status*) que permitía que cualquier estudiante británico tuviera una beca de estudio y otra de manutención. Pero había un problema: su independencia la hacía más cara que escuelas locales. Por este motivo, durante un tiempo se propuso integrarla en el Imperial College, pero hubo quejas de muchos estudiantes. Además, sucedió con esta escuela una cuestión todavía más problemática. Podríamos decir, de “compatibilidad política”: la Architectural Association era, de hecho, la única institución de enseñanza superior del país con un verdadero sistema democrático a través de una gestión participativa. Los estudiantes y el personal docente participaban en el Consejo Escolar, y todos tenían un voto. Era un sistema plenamente democrático y, además, innovador. Muchas de las ideas más importantes de la arquitectura del Reino Unido salieron de allí. Por este motivo, la escuela fue vista como algo muy peligroso por la derecha.

**P.** ¿Se llegaron a tomar medidas políticas contra la escuela?

**R.** Lamentablemente, sí. Yo entré en la escuela en un mal momento, porque solamente unos meses más tarde en el Reino Unido fue elegido un gobierno conservador. A escala nacional, la derecha se consagró a la tarea de combatir nuestra escuela, con el objetivo de conseguir su eliminación o, al menos, de lograr que la dejaran las personas que consideraban más “peligrosas”. No exagero cuando digo que la derecha utiliza la “doctrina del shock” para generar una situación catastrófica que, en un momento dado, obliga a una institución a un cambio de dirección en el sentido “escogido”. Así hicieron, en la escuela: pergeñaron un escándalo alrededor de su director. Le acusaron de haber creado una secta para captar estudiantes y docentes, llamada *Subud of Great Britain*. Este movimiento, que realmente existe, se basa en las ideas de un filósofo indonesio de los años veinte. Pero no tenía nada que ver con nuestro director. De repente, empezaron a aparecer en los periódicos historias de escándalo de la escuela, relacionadas con nuestro sistema democrático de participación. Consiguieron que dimitiera. Y luego, manipulando a la comunidad escolar, la derecha logró colocar a un nuevo director afín a sus ideales: Alvin Boyarsky. La primera medida que tomó fue declarar en quiebra la escuela y suspender el Consejo Escolar, asumiendo él toda la responsabilidad. Además, hizo lo nunca visto: puso a la disposición del gobierno conservador nuestra escuela como prototipo de privatización de la enseñanza que la nueva ministra de educación, una cierta Margaret Thatcher, veía como modelo para el futuro. Las consecuencias fueron previsibles: reducción drástica de la financiación externa, o pública, y fin de las becas para los nuevos estudiantes.

**P.** ¿Y cómo se hizo frente a las nuevas circunstancias?

**R.** La “solución” fue promocionar el ingreso de estudiantes extranjeros y ricos. Fue la época de la segunda crisis del petróleo, en la que los países ricos eran los estados del Golfo y Venezuela. La escuela, de repente, empezó a tener matrículas de estudiantes de estos países, y bajaron sustancialmente las de los estudiantes británicos. Mientras tanto, el Consejo Escolar seguía en suspenso. Se llegó a un punto en que la mayor parte de estudiantes, ricos y poco arraigados, no tenían ni el más mínimo interés en implicarse en la gestión democrática de la escuela. Por este motivo, Boyarksy volvió a introducir el Consejo Escolar, pero sin ningún interés participativo, y la escuela cambió de rumbo, potenciando las bellas artes. La escuela que yo conocía desapareció. El modelo de escuela enfocada a la resolución de problemas, a través del diseño urbano y del conocimiento profundo de los aspectos sociales y culturales, se fue diluyendo hasta desaparecer. Se potenció el estudio de la estética por encima de la técnica: me imagino que debían pensar que daba menos problemas. Por suerte, en aquel momento yo combinaba mis estudios de arquitectura con un trabajo en una agencia de viajes, como guía turístico. Un trabajo que me permitió abrir perspectivas en otro sentido.

**P.** *¿Qué tal, la experiencia?*

**R.** Muy positiva. En el colegio ya había aprendido un idioma más: el español, que no utilizaba. Pero no quería ir a España, ni tampoco a Grecia ni a Portugal, porque en ese momento había dictaduras. Iba con mis clientes a ciudades alemanas, francesas, italianas... pero me negaba, por principio, ir a España. Una noche me llamaron de urgencia, pues un compañero había caído enfermo y me necesitaban para ir de guía a Verona. El día siguiente, llegué al aeropuerto, preparado con mis maletas y mis libros sobre Verona, y los clientes me enseñaron su documentación: ¡iban a Barcelona! Alguien confundió Verona con Barcelona. ¡Qué desastre!, pensé en aquel momento. Y me vi literalmente “preso” en un avión hacia España, en pleno año 1974, hacia una dictadura, en contra de mis principios... La verdad es que a la mañana siguiente mi perspectiva cambió. Había decidido no salir, pero dos clientes australianos me pidieron que les acompañara con su yerno, un joven estudiante de arquitectura que iba a servirles de guía pero que no hablaba inglés. Acepté. Me enamoré de Barcelona. Pasé un fin de semana estupendo, disfrutando de la ciudad, de sus calles, sus barrios, su idiosincrasia... Siempre, eso sí, con el convencimiento de que no volvería a aquel país hasta que no hubiera desaparecido el dictador. Regresé a Londres muy enfadado: ¡me habían engañado! Pero, al cabo de pocas semanas, en la Architectural Association se organizaron unas conferencias, llamadas *Great cities of the world*, una de las cuales trataba sobre Barcelona. Fue una bella coincidencia...

**P.** *¿Quién era el conferenciante que hablaba sobre Barcelona?*

**R.** Peter Zumthor, ahora un arquitecto suizo de prestigio internacional. Yo no tenía ni idea de qué iba a hablar. Solo leí el título de la conferencia, *Great cities of the world: Barcelona and the Cerdà Plan*. No tenía la forma de saber con exactitud qué era el llamado “Plan Cerdà”, pero como yo acababa de tener mi primera experiencia de aquella ciudad, pensé que sería interesante escucharlo. No había demasiados asistentes, pero yo, personalmente, quedé asombrado con su discurso. Lo que escuché fue más o menos lo siguiente... “A mediados del siglo XIX, en Barcelona, un ingeniero, matemático, economista, político, un personaje polifacético, llamado Ildefonso Cerdà, había concebido la idea de construir la igualdad en tres dimensiones. La había

matematizado y luego convertido en conceptos de construcción urbana democrática e igualitaria”. Este mensaje me quedó grabado. Y, más aún, en un contexto como el de la escuela de entonces: con unos compañeros con los que apenas compartía ninguna inquietud: gente acomodada, indiferente, abiertamente derechista... Además, no era fácil en aquellos momentos encontrar trabajo al terminar, porque Inglaterra era un auténtico caos. Yo quería dedicarme a la función pública como arquitecto municipal, pero el mundo de la administración pública estaba desapareciendo con los recortes. La solución para muchos fue optar por las grandes empresas, involucrándose en proyectos comerciales sin ningún componente social. Incluso numerosos colegas se fueron a trabajar a los países exportadores de petróleo.

**P.** *¿Cómo hiciste frente a esta situación, a la vez compleja y decepcionante?*

**R.** Decidí seguir formándome con un máster, titulado *History of Theory of Architecture*, con el subtítulo *Phenomenology of Perception*. No sabría hasta más tarde que la fenomenología de la percepción es una filosofía antimarxista, base del movimiento posmodernista en la arquitectura, que quiere recurrir a la Antigüedad pero, a mi modo de ver, de una forma absolutamente superficial. Literalmente, sacando elementos históricos y pegándolos a los edificios. Estudié este máster con el profesor Joseph Rykwert, que era un polaco católico que se había transformado en todo un *English gentleman*. Este profesor tenía una idea muy concreta sobre la arquitectura y la urbanización. Partía de la convicción que todo intento de diseñar y de urbanizar es, fundamentalmente, un intento de recrear el Jardín del Edén. Incluso había escrito libros sobre esta idea, como su obra magna *On Adam's House in Paradise* (1972). Yo no estaba para nada de acuerdo con esta teoría, pero si quería superar el máster tenía que realizar una tesina. Me propuso una serie de temas, pero no me convencieron. Incluso me propuso un título, algo así como “Arquitectura temporal y autodestructiva del Renacimiento italiano”. Lo rechacé. Recuerdo que en un seminario dijo que a partir de mediados del siglo XVII ya no había más autores que profundizaran en el desarrollo de conceptos sobre el uso del espacio urbano. ¡Qué equivocado que estaba!

**P.** *¿Le hablaste de Cerdà?*

**R.** Por supuesto. Aquel profesor era admirador de Camilo Sitte, un urbanista austríaco que consideraba que toda construcción urbana era el resultado de “envolver” estéticamente a iglesias y catedrales. Me quería convencer que ese era el enfoque adecuado. Y le contesté que no. Que había un español, en el siglo XIX, que tenía como objetivo matematizar la libertad, la igualdad y la democracia, y proyectar estos conceptos en tres dimensiones. El profesor no sabía de quién ni de qué le estaba hablando. No me creía. Fui a buscar mi libreta de apuntes, y le mostré el nombre que yo había escrito en ella: “Ildefonso Cerdà”. Y le dije que pensaba escribir mi tesina sobre este personaje, su concepción de la urbanización y su propuesta para Barcelona.

**P.** *Así comienza tu “prospección” particular en el insigne urbanista.*

**R.** Así es. Empecé buscando en la Biblioteca Nacional de Londres libros sobre Cerdà. Encontré un libro escrito en catalán, y por suerte llegó a mí la edición facsímil de la *Teoría General de la Urbanización* que había promovido Fabián Estapé a finales de los años sesenta. La leí toda, de principio a fin. Escribí a la editorial española, para ponerme en contacto con Estapé, pero no me contestaron. Un año más tarde, ya en mi fase final como estudiante en la Architectural

Association, estuve unos meses en Francia, concretamente en la ciudad de Brioude, en la región de Auvernia, con varios colegas de estudios. Había ido en coche con la idea de seguir hasta Barcelona en búsqueda de Estapé. Un colega chileno cuya madre era catalana me preguntó si podía acompañarme diciendo que su madre podría alojarme en su casa. Por supuesto dije que sí. Al llegar a su casa, un sábado por la noche, le hablé de Cerdà. El domingo por la mañana, la madre de mi colega me despierta mostrándome un periódico, el "ABC", en cuya portada se podía leer que "Fabián Estapé, rector de la Universidad de Barcelona, clausura la exposición sobre Cerdà". Había llegado un día más tarde: la exposición había terminado justamente entonces. Pero sabía ahora quién era Fabián Estapé, y cómo encontrarlo. El lunes por la mañana fui a primera hora a verle al edificio histórico de la Universidad de Barcelona, y estuve varias horas conversando con él. Me pareció un hombre encantador. La exposición ahora se trasladaba a Madrid, al Palacio de Cristal. Me dio el teléfono de uno de los comisarios, Salvador Tarragó, me puse rápidamente en contacto con él y conocí también a Arturo Soria, el otro comisario. Me di cuenta de que necesitaba como mínimo un mes para instalarme e investigar un poco todo aquello. Encontré un piso, fui a Madrid, visité la exposición y Salvador me reclutó para comenzar a trabajar en la versión internacional de la exposición.

**P.** *¡Qué lujo para un joven arquitecto!*

**R.** Sí, aunque lo cierto es que las cosas se torcieron. Pedí una beca al Estado español para estudiar durante un año en España. Pero mi madre empeoró. Ella me insistía que tenía que priorizar mi beca en España, pero para mí lo correcto era estar con ella y acompañarla en sus últimos días. Me pidió que le prometiera que volvería a España cuanto antes. Fueron unos meses muy tristes hasta su deceso, pero tuvimos tiempo incluso de hablar de Cerdà. Resultaba que ella, sin conocer ni un ápice sobre este personaje, había estado promoviendo activamente sus ideas al concebir la necesidad de un urbanismo dotado de servicios e infraestructuras en superficie, pero también a nivel subterráneo. Y un detalle técnico de los dibujos de Cerdà le fascinó, entre muchos otros. Desde los años 1940 mi madre había luchado a favor de una campaña intermunicipal de concejales llamada *The Common Service Trench*. Se trataba de una idea parecida a la galería subterránea de Cerdà, con los servicios de agua, gas y alcantarillado, así como la electricidad y las telecomunicaciones que llegaron más tarde, sin que ella lo supiera. Le expliqué, a mi madre, las ideas de Cerdà sobre la vivienda. Me dijo que mi deber era difundirlas. En verano de 1977, se organizó otra conferencia internacional en la Architectural Association sobre historia del urbanismo y para coincidir con ella, montamos la primera versión internacional reducida de la exposición de 1976. Había colaborado con Salvador Tarragó y Arturo Soria en organizarla, había escrito y redactado el catálogo, y tuve la suerte de que me encargaran la ponencia inaugural –que dediqué a Cerdà. Fue un gran éxito. Mi madre quería asistir, pero se encontraba ya en fase terminal en el hospital. Grabé mi ponencia, pero desafortunadamente nunca la llegó a escuchar. En la conferencia había un urbanista norteamericano llamado John Reys. Al acabar mi ponencia, me vino a buscar y me dijo que estaba muy interesado en Cerdà, y que, si algún día iba a Estados Unidos, que le llamara, porque creía interesante difundir allí la obra de nuestro personaje.

**P.** *¿Y llegaste a hablar de Cerdà en Estados Unidos?*

**R.** Sí, pero en otro momento y en otro contexto. A lo largo de los últimos cuarenta años he tenido la oportunidad de impartir conferencias, en diferentes idiomas, en doce países y en un gran número de ciudades, con Cerdà como tema central, como las que pronuncié en tres reuniones nacionales de la American Planning Association. Y, sinceramente, me hubiera gustado haber podido hacerlo dentro de una línea organizada y programada. Pero, puesto que parece que ningún asunto escapaba a los escritos o actividades de Cerdà –ya sea en su vida práctica, personal o política–, cada vez que he dado una conferencia sobre su vida y su obra he seleccionado un tema candente, de actualidad, y lo he utilizado como una introducción a la metodología analítica de Cerdà. En Nueva York, un mes después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, di una charla en la Universidad de Columbia. Comencé hablando de la problemática relativa a los rascacielos y las terribles imágenes de gente intentando escapar de ellos durante este episodio trágico. Esto me permitió hablar de la concepción de los flujos de tráfico acumulativos en el pensamiento urbanístico de Cerdà, mostrando cómo sus principios podían haber influido positivamente en el diseño, la ubicación y la disposición de las salidas de emergencias en cada planta para crear un desalojo óptimo en caso necesario. En otra ocasión, hablé en la Universidad de Filadelfia, y en ese momento los periódicos locales estaban llenos de historias agrias sobre casas y edificios de mala calidad, que acababan colapsando y causando auténticas desgracias. Aproveché para hablar de la situación de la Barcelona de 1840: cuando llegó Cerdà a la ciudad, se encontró edificios que se derrumbaban a causa de la superposición ilegal de plantas y la inexistencia de normas sobre las cargas adicionales y sus consecuencias. Y entonces pude mostrar cómo las ordenanzas de construcción promovidas por nuestro urbanista habían impedido que tales situaciones se reprodujeran en los edificios del Ensanche.

**P.** *Una prueba más del carácter vanguardista del urbanismo de Cerdà...*

**R.** Exacto. En otras ocasiones, también tuve la ocasión de relacionar Cerdà con la triste proliferación de enfermedades relacionadas con la construcción de edificios, como es el caso de la legionelosis, contaminación por humedades o envenenamientos por productos químicos tóxicos provenientes de la misma vivienda. Vivir en un “edificio enfermo” es una de las peores expresiones materiales de la mala planificación urbana. Cerdà tenía una obsesión por la salud e higiene urbanas, y abogaba por la creación de edificios y ciudades seguras y saludables, aprovechando al máximo la orientación, la luz solar, la ventilación y el drenaje natural de los fluidos. Y comprendo a la perfección esta obsesión por la salud, pues a mí me afectó personalmente el hecho de vivir durante años en uno de esos edificios enfermos en Londres.

**P.** *A lo largo de todos estos años divulgando el pensamiento de Cerdà, ¿pudiste en algún momento reemprender tu colaboración con el urbanista John Reps?*

**R.** No. Esas conferencias no fueron el resultado de aquel contacto con John Reps, por una razón muy simple: al poco tiempo de la ponencia en la Architectural Association, recibí una postal suya, comentándome que había se había encontrado por casualidad en Nueva York con mi profesor de máster, Joseph Rykwert, y que le había dicho que tenía que estar muy orgulloso de mi investigación sobre Cerdà. Pero se ve que el profesor Rykwert le repuso que él no tenía ni idea de mi proyecto de tesina, pues Cerdà no le interesaba en absoluto. Llegados a ese punto, no me vi capaz, en aquel momento, de seguir con el proyecto ni de acabar mi tesina. Ese profesor,

francamente, me desmotivó. Es un ejemplo muy claro de la aversión que existe, en ciertas mentalidades, sobre las ideas de nuestro personaje. Además, mi vida cambió rápidamente a nivel laboral. Por un lado comencé a trabajar en el Parlamento Europeo como investigador en política y economía en la Dirección de Investigación y Documentación, más adelante continué como ayudante de dos eurodiputados, y dos años más tarde estuve destinado en la Comisión Europea como intérprete. Por otro lado empecé un nuevo máster, esta vez titulado *Urban development planning*, en la Universidad de Londres.

**P.** *Sin duda, un mal docente puede resultar muy dañino para un joven estudiante.*

**R.** Así es. En aquel momento sufrí una gran decepción. Pero persistí en mi afán de divulgar y aplicar las teorías de Cerdà. Eso lo tenía muy claro. Incluso escribí para mi tesina una comparación de la planificación de Barcelona a partir del Plan Cerdà y la de Karachi en Pakistán a partir de unos planes de desarrollo de los años 60 y 70. A decir verdad, no fue una comparación demasiado equilibrada. Pero mi visión sobre Cerdà fue enriqueciéndose y ampliándose a medida que conocía más sus obras y las visiones e interpretaciones de expertos como Salvador Tarragó, Arturo Soria o Albert Serratos. Durante muchos años, me pidieron que realizara varias traducciones sobre Cerdà. Siempre he visto esta tarea como un pilar fundamental para la divulgación de su obra. Una de mis primeras traducciones al inglés fue el discurso de Cerdà como diputado en las Cortes en 1851. Fue un ejercicio fascinante para mí. Me hubiera encantado poder abordar la traducción de los dos tomos de la *Teoría General de la Urbanización*, pero nunca fue posible encontrar presupuesto para ello.

**P.** *Sí que llegaste a asumir, en cambio, la traducción al inglés de una de las obras interpretativas fundamentales de su pensamiento: Cerdà. Las cinco bases de la Teoría General de la Urbanización, de Arturo Soria (1999).*

**R.** Esta experiencia constituyó para mí, de hecho, un gran reto intelectual. La obra de Arturo Soria es algo más que un conjunto de escritos y reflexiones sobre Cerdà. Va mucho más allá. Por este motivo, tuve el inmenso placer de trabajar directamente con Arturo durante meses –también junto a mi buena amiga y colaboradora Mary Fons– analizando, comparando y buscando el sentido de las expresiones cerdanas... Es decir: haciendo sugerencias, tratando de entender con precisión lo que quería comunicar Cerdà y buscando la manera adecuada de expresar en inglés los neologismos que él había creado para el castellano. Pasamos días y noches discutiendo sobre cómo se podrían referenciar correctamente palabras como *intervía* –que solo puede comprenderse sobre la base de la dualidad entre *vía* e *intervía* que propone Cerdà. Después de horas y horas intercambiando diferentes opiniones y puntos de vista, llegamos a la conclusión que lo más apropiado era hablar en inglés de *ways* e *interways*. La versión final de la obra nos pareció, a los tres, una representación justa de la original en castellano.

**P.** *Lo que es indudable es que, en tu caso, el propósito de difusión universal de las ideas de Cerdà lo tratas de llevar adelante en cualquier circunstancia.*

**R.** En cierto modo, es una cuestión de principio. Durante unos años, trabajé en el Programa de las Naciones Unidas para los Asentamientos Humanos (ONU-Hábitat), en Nairobi. Era una institución dedicada plenamente a la vivienda. Aunque había recortes presupuestarios, desde un principio pude coordinar y promover proyectos que se focalizaban desde la autoconstrucción

comunitaria hasta la gestión municipal y regional por parte del funcionariado público. Y siempre que las condiciones lo permitían, presentaba en ellos el análisis y la metodología de Cerdà, así como sus principios de igualdad. Os pondré un ejemplo práctico: ¿cómo poder financiar el desarrollo urbano y al mismo tiempo lograr una repartición equitativa de tierras entre los propietarios en un proceso de urbanización? Propuse un modelo a seguir, muy parecido al modelo de reparcelación de Cerdà. Se trataba de destinar el 10% de las tierras a servicios e infraestructuras y, posteriormente, devolver el 90% a los propietarios con un valor incrementado gracias a la regularización e incorporación a los terrenos de las redes de servicios. Este modelo lo propusimos de manera sistemática en Tailandia y en Malasia, como método de financiación de la urbanización. Era una medida que iba en la línea del pensamiento de Cerdà, generando valor añadido en los solares existentes a partir de una regularización pública para su mejor distribución y organización, y además produciendo riqueza a través de su transformación gracias a los servicios e infraestructuras incorporados. Era una manera de crear oportunidades igualitarias. Y en última instancia: una expresión muy clara de la relevancia del concepto de red en el ideario de Cerdà.

**P.** *¿En qué medida crees que el concepto de red es clave en Cerdà?*

**R.** Para mí, uno de los elementos fundamentales de la teoría urbana de Cerdà es el llamado “poli-centrismo lineal de equipamientos”, algo que habían trabajado en profundidad Salvador Tarragó y Arturo Soria. Es una magnífica hipótesis de partida para promover una distribución igualitaria, sobre un territorio dado, de servicios sociales como escuelas, hospitales o mercados. En este contexto, la complementariedad entre vía e intervía deviene fundamental, como el mismo concepto de cuadrícula. Desde mi punto de vista, lo que proponía Cerdà era un modelo universal. La red, la cuadrícula, se tenía que extender a todo el mundo. Y no solamente desde una perspectiva física, de construcción material, sino sobre todo conceptual: Cerdà quería un mundo plenamente comunicado, conectado (incorporando innovaciones como el ferrocarril y la electricidad) a través de una red universal –que hoy en día es también virtual. En Cerdà, el movimiento y la locomoción son vistas como el motor propulsor de la urbanización. La red física, la cuadrícula, lo facilita y favorece. Pero su concepción tiene en cuenta un detalle, que es importantísimo: las redes están al servicio de los ciudadanos, y no la urbanización al servicio de las redes. Esto, para mí, es clave. Las redes, en el urbanismo moderno que él preconiza, tienen una función muy clara: promover su integración al servicio de la gente, y no al revés. Por este motivo su propuesta es en esencia flexible, y se adapta bien tanto a su época como a los siglos XX o XXI. En este sentido, creo que otro de los conceptos que emanan directamente de su visión es el de democracia.

**P.** *¿En qué sentido el pensamiento urbanístico de Cerdà es democrático?*

**R.** Los intereses de Cerdà son los que surgen del respeto de los derechos de la ciudadanía. El pensamiento urbanístico de Cerdà es democrático y sensible con las clases populares. Los mercados y los gobiernos tienen sus propios intereses, y otras figuras consideradas relevantes en el mundo de la construcción urbana, como Haussmann en París, se plegaron a sus órdenes y prioridades. En Cerdà, en cambio, nunca encontramos el reflejo de esta actitud. Cerdà tenía interés en promover el interés ciudadano, y por eso se puede afirmar que su concepción urbana

es democrática. Cerdà propone un tablero de juego igualitario, pero el ciudadano es quien decide cómo se mueve, por qué y cuándo; cómo interacciona y cómo convive con los demás ciudadanos. Creo que esa voluntad participativa, en mayor o menor medida, ha ido persistiendo en el tiempo y ha llegado hasta nuestros días. Como persona ajena a Barcelona, y desde un punto de vista que pretende ser objetivo, puedo afirmar que los barceloneses aman mucho su ciudad, y por eso se preocupan mucho por su futuro. Las movilizaciones populares respecto a temas urbanos (vivienda, movilidad, usos...) son el ejemplo más claro. El tranvía por la Diagonal, la implementación de las supermanzanas, el futuro de las Ramblas... Barcelona registra un nivel de participación y de implicación ciudadanas mucho mayor que el de otras ciudades europeas –tanto a favor como en contra de estos proyectos. Lo único que se asemeja a Barcelona en este aspecto, gracias a mi experiencia amplia de trabajar en distintas partes del globo, es el mundo escandinavo, donde tienen una larga tradición participativa. Si vas a un pueblo, a una aldea, puedes encontrar fácilmente reuniones de ciudadanos en las que se discute, por ejemplo, la integración municipal y local de las energías renovables. A la gente le interesa lo que va a pasar en su pueblo, si hay cosas que se pueden modificarse, que puedan mejorar... La implicación es máxima. En Cerdà encontramos un gran respeto por el ciudadano y, también, una atención muy grande hacia la cultura y la sensibilidad popular. Tanto él, en una faceta no demasiado conocida de su trayectoria, como su mujer Clotilde y su hija (también llamada Clotilde, pero más conocida por su nombre artístico, Esmeralda Cervantes) prestaron una gran atención a la recuperación de la música popular catalana y a su promoción cuando corría el riesgo de desaparecer. En Inglaterra, quien se encargó de este cometido casi un cuarto de siglo más tarde fue Cecil Sharp, ante la posible desaparición de las canciones y los bailes tradicionales populares de los siglos anteriores. Cerdà pensaba en la cultura popular y se planteaba cómo las clases obreras podían acceder a ella. ¡Eso me parece importantísimo!

**P.** *Sin duda, Cerdà concebía el urbanismo desde el respeto por las clases populares...*

**R.** Otro ejemplo importante, en este sentido, es el análisis que hace Cerdà de los trabajos que se hacían en aquel entonces en la calle. Había más de ciento cincuenta tipos de oficios artesanales. El movimiento *Bauhaus*, a principios del siglo XX, empezó precisamente con la construcción de una fábrica de zapatos en Alemania, en la que su fundador, Walter Gropius, quería construir un “templo” para los trabajadores. La fábrica tenía que ser un lugar agradable y placentero para los obreros... Y Cerdà quería hacer lo mismo en las calles de Barcelona, ¡medio siglo antes! Quería establecer un lugar de trabajo perfecto para los trabajadores cuyo oficio se tenía que desarrollar en la calle. Un edificio puede adaptarse, modificarse... pero el ambiente externo es muy importante. Si hay gente que trabaja todos los días en plazas, calles y exteriores, ¿por qué no crear el mejor espacio de trabajo posible para ellos? ¡Se trata de respetar al ciudadano y a su trabajo!

**P.** *Así pues, Cerdà nos presenta propuestas que, debidamente adaptadas, podrían tenerse en cuenta en nuestro mundo actual...*

**R.** Ciertamente, sus propuestas son en una gran medida trasladables a nuestros días y más allá. Fijaros en otra cosa: tal y como os he dicho antes, la propuesta de Cerdà era flexible. ¿No es verdad que existen, como mínimo, dos versiones de su Plan, una de 1859 y otra de 1863? De

hecho, los cambios que introduce en el proyecto original obedecen básicamente a peticiones del Ayuntamiento de Barcelona. ¡Pero Cerdà se adaptó a ellas! Esto es parte del control democrático, lo que se conoce como el *feedback loop*. Un plan es presentado en sociedad, se debate, se modifica... Se trata de alimentar el sistema democrático con una respuesta ciudadana y una posterior adaptación técnica. Cerdà estaba predispuesto a adaptar su Plan. Y eso, en el fondo, es una virtud democrática. No se trata, pues, de decisiones tomadas de forma vertical y autoritaria, tal y como vemos muchas veces en el mundo del urbanismo. Se trata, también, de un profundo ejercicio posibilista. Necesitamos su metodología, su análisis y su comprensión global de la ciencia y su flexibilidad. Me gustaría que muchas de sus ideas se pudieran aplicar a escenarios actuales. Y me hubiera gustado mucho, también, conocer sus propuestas para un mundo como el nuestro. ¿Qué propondría para desdensificar las manzanas del Ensanche en Barcelona? ¿Qué opinaría sobre los rascacielos y su integración en el paisaje urbano? ¿Cómo aprovecharía las posibilidades técnicas actuales en la intermodalidad en el transporte? ¿Qué habría hecho con el Camp Nou? ¿Cómo lo hubiera diseñado de modo ecológico y sustentable para cubrir las necesidades de 100.000 personas durante las dos horas que dura un partido de fútbol? ¿Y cómo habría acomodado en la zona de alrededor esta multitud de personas que acuden al estadio y luego tienen que dispersarse en poco tiempo? ¿Cómo habría satisfecho una de sus exigencias de aseos públicos adecuados y suficientes?

**P.** Seguro que habría tenido una respuesta calculada, coherente y avanzada para todo.

**R.** Sin duda. Me fascinaría también saber cómo habría incorporado la aviación moderna en la planificación de las ciudades. Seguro que habría propuesto alguna metodología, también, para analizar las necesidades urbanas, los conflictos, la integración de usos... Partiendo, como principio, no de las conveniencias de las compañías aéreas ni de los bancos, sino de los conceptos de servicio público y de interés general. Me gustaría saber, también, cómo hubiera reaccionado ante la idea del viaje a la Luna. No es una hipótesis tan extraña: el mismo Julio Verne ya soñaba con ello en la misma época. Verne y Cerdà fueron dos personajes contemporáneos. Se habla mucho de la contemporaneidad de Charles Darwin y Karl Marx con sus teorías, publicadas en la misma década que las de Cerdà, pero se tiene poco en cuenta el universo imaginativo y protocientífico, extraordinariamente avanzado a su época, de Jules Verne. Y creo que existen suficientes vínculos entre estos dos personajes como para tratar de relacionarlos intelectualmente. ¡Cerdà no puede ser solamente un caso aislado! Había más personajes, en esa época, con esa visión global de la ciencia y de la técnica. Estamos hablando de algo que entonces resultaba del máximo interés para el gran público, a diferencia de ahora...

**P.** ¿Qué analogías podemos encontrar, entre Julio Verne e Ildefonso Cerdà?

**R.** Julio Verne, en sus libros, describía el futuro de la sociedad. Hablaba de supuestos viajes a la Luna, de la construcción de ciudades subacuáticas, de viajar al centro de la Tierra... Arturo Soria me propuso, una vez, leer una obra de Verne llamada *París en el siglo XX*, considerada como su "novela perdida", porque fue escrita en 1863 pero no fue publicada hasta el año 1994. El editor, en su día, recriminó a Verne que su obra era demasiado negativa y fantasiosa. En ella, Verne describe París en 1960, es decir, se imagina una ciudad del futuro. Según Verne, el movimiento urbano tendría dos formas: lo que él apoda como *gas mobile* (un vehículo particular que circula

por la ciudad gracias al gas...) y varias líneas de ferrocarril elevado. ¡Todo esto imaginado por Verne hace más de un siglo y medio! Además, describe la comunicación por fax, sin que se hubiera inventado aún la transmisión del sonido. Verne escribía, también, que aquel mundo de 1960 dependía, financieramente, de bolsas internacionales donde los precios de las acciones se mostraban en pantallas gigantescas que cambiaban frenéticamente cada segundo. La cultura ya no tenía valor: todo el mundo estaba pendiente de “teatros populares” –algo parecido a lo que hoy serían los *realities* de la televisión. Incluso en París se llega a cerrar la Biblioteca Nacional porque no es rentable, y la transforman en un “teatro popular”. Verne apunta, desde una visión pesimista, hacia una progresiva e inexorable degradación del valor de la cultura. Pienso que es un libro de lectura obligada, porque muchas cosas que Verne anticipa se han acabado produciendo.

*P. Suena fascinante pero, a la vez, produce desasosiego...*

**R.** Lo que sugiero es que tanto Verne como Cerdà eran dos figuras muy conscientes de los últimos cambios en la tecnología, de las invenciones técnicas más recientes y de la evolución de la ciencia. En esa época, algo inventado en Inglaterra, Alemania o Italia tardaba meses en llegar a España. Hay que recordar que Cerdà había sido importante en el desarrollo del telégrafo en España, la comunicación instantánea del siglo XIX y quería estar siempre en la vanguardia, quería saber cuál era la última novedad. No le importaba de donde pudiera venir. Cuando él, en un momento dado, preconiza un determinado radio de giro de los tranvías o ferrocarriles utilizando las ruedas de dirección de invención francesa, está de hecho combinando la introducción de una novedad técnica con una propuesta urbanística nada desdeñable: “suavizar” el tradicional ángulo recto de las esquinas de las manzanas con los chaflanes –una creación de Cerdà que mejora objetivamente la comunicabilidad de las intersecciones de calles. Pero proponía también locomotoras subterráneas, que recorrerían el Ensanche y permitirían distribuir y almacenar las mercancías en los sótanos. Incluso pensó en una gran terminal intermodal de transporte, ubicada en la franja costera. ¿Y las cabinas con telégrafo eléctrico que situaba, como posibilidad, en los cruces del Ensanche? Eso sería, en un futuro, una cabina telefónica con acceso a internet. En el fondo, se trataba del derecho de cada ciudadano a disponer de los medios de comunicación eléctricos de la época... Cerdà quería socializar los avances tecnológicos. Y era tan brillante que se anticipaba a los inventos futuros. Su concepto de “locomoción perfeccionada” me parece nada menos que aplicable a los vehículos eléctricos de nuestra época, y probablemente a las innovaciones técnicas que van a reemplazarlos y que todavía no hemos podido imaginar. No me sorprendería, pues, que fuera un lector consciente de las primeras obras de Verne, como *Viaje al centro de la Tierra* (1864) o *De la Tierra a la Luna* (1865); incluso *La vuelta al mundo en 80 días* (1873), aunque faltaran tres años para su muerte. Verne y Cerdà fueron dos personajes vanguardistas, que se anticiparon a los hechos y pensaron en grande, uno a través de la literatura, y el otro a través de la ingeniería y el urbanismo.

*P. Así pues, un profundo conocimiento de los avances técnicos y tecnológicos de la época les permitió desplegar una capacidad de anticipación que no tuvo equivalente en la sociedad de entonces.*

**R.** Así es. Pero, personalmente, me atrevo incluso a afirmar que la concepción urbana de Cerdà llegará, en las próximas décadas, a ser *mainstream*. Es evidente que no con las mismas propuestas, ni con los mismos materiales ni con los mismos detalles técnicos. Pero su pensamiento llegará a ser aceptado colectivamente. Siempre he creído que este momento llegará hacia 2050. Será un momento de grandes cambios, incluso de colapso de muchas cosas que damos por sentadas ahora mismo. Y también será el momento de repensar profundamente nuestras ciudades, para que sean verdaderamente ecológicas. Cerdà ya propuso, en su momento, medidas sostenibles para el Ensanche. Un ejemplo muy claro es su idea para ahorrar energía en los ferrocarriles, al mismo tiempo que creaba más seguridad y reducía la necesidad de frenos mecánicos. En cada estación proponía que el tren aprovechara el freno natural de la fuerza de la gravedad, como si se tratara de un freno automático. Estoy seguro de que a Cerdà le hubieran gustado muchas de las ideas que barajan los buenos ecólogos y urbanistas de hoy. Como esa premisa de que no se pierda nada, que todo se utilice y recicle, que no haya prácticamente desperdicios... Incluso me atrevo a verbalizar algunos paralelismos entre la voluntad política y ambiental de Cerdà y determinadas formas de lucha que forman parte del activismo ambiental actual. Los movimientos populares a favor de una vivienda digna para todos, en confluencia con el movimiento ecologista, a mi parecer no dejan de ser una recreación actual de los firmes ideales de los urbanistas higienistas como Cerdà. Las demandas de Extinction Rebellion y de Greta Thunberg, pongamos por caso, no están tan alejadas de los principios ambientales que comentamos.

**P.** *Cerdà nos da lecciones a cada paso de su vida y de su obra.*

**R.** Desde luego. Manuel Angelón, uno de los biógrafos de Cerdà, escribió que era un hombre, a la vez, profundamente matemático y altruista. Efectivamente. Y también un hombre con una curiosidad inagotable y una multiplicidad de intereses –filosóficos, culturales, artísticos, científicos– digna de las grandes figuras del Renacimiento. Un perfil, en cualquier caso, que va mucho más allá de la óptica “historicista” desde la que, en numerosas ocasiones, es observado hoy día. Lo cierto es que cualquier disciplina puede rescatar ahora mismo ideas de Cerdà plenamente vigentes, y considerarlo, en múltiples sentidos, un referente anticipado de una profesión o de una facultad determinadas. Es impresionante la gama de intereses que incorpora Cerdà en su actitud ante los desafíos de su tiempo. Su visión de conjunto es admirable. Y nos lleva a una conclusión que casi podría ser una consigna: necesitamos más Cerdà. Un ejemplo claro de ello lo tenemos en la transformación repentina que ha sufrido nuestro planeta a raíz de la pandemia global que todos conocemos y sufrimos.

**P.** *¿En qué sentido podemos relacionar los principios de Cerdà con la respuesta social a la COVID-19?*

**R.** La idea de un equilibrio entre sistemas, así como entre personas y medio ambiente, entre lo natural y lo artificial, entre movimiento y estancia, entre actividad y descanso, entre lo urbano y lo rural... está en la mismísima base del pensamiento de Cerdà. Y es un punto de partida imprescindible en un enfoque que, a largo plazo, trate de evitar y mitigar este tipo de pandemias. La equidad y la justicia social –probablemente, las ideas-fuerza fundamentales para Cerdà– requieren que cualquier propuesta urbanística sea igualitaria para el mayor número posible de

personas. Y que, además, los derechos de la ciudadanía sean respetados por los gobiernos, que deben ser, a su vez, los máximos responsables de su bienestar.

Pienso que la idea global de “equilibrio” en Cerdà, idea construida sobre la premisa de la autonomía del movimiento de la persona (sea al nivel de una habitación, de un edificio, de un barrio o de una ciudad en su conjunto), nos ofrece la línea razonable de la perspectiva ambientalista que debería guiar nuestra forma de abordar y solucionar los problemas. Su modo de entender el acto de habitar, que trata de compatibilizar la autonomía del individuo con la imprescindible “mezcla social” inherente a la práctica del urbanismo, así como su determinación en asegurar que todos los ciudadanos reciban suficiente aire, agua, luz solar y alimentos de buena calidad, son algunos de los principios metodológicos a tener en cuenta para los desafíos actuales y futuros. Las densidades urbanas que propuso Cerdà en aquel momento parecen mucho más razonables que las que hoy día presentan ciudades altamente densificadas en muchas partes del mundo. ¿Y la cuestión del teletrabajo, lejos de la ciudad masificada? ¿No es esto también algo muy relacionado con la idea de “urbanizar el campo, rurizar la ciudad”? La transformación tecnológica que, poco a poco, permite mantener buenos puestos de trabajo lejos de la ciudad, va precisamente en esta dirección. La emigración masiva del campo a la ciudad se produjo, precisamente, porque el progreso vital solo podía materializarse en la aglomeración urbana. Pero cada día vemos más ejemplos de personas que trabajan a distancia, en pueblos o micropueblos, en espacios absolutamente rurales, aprovechando el lado positivo de la tecnología: la impresión 3D, los avances en la telecomunicación, las videoconferencias, la producción de energías renovables a escala local... ¿No son, todos ellos, ejemplos claros de la “urbanización” de la vida rural sin necesidad de construir nuevos complejos urbanos?

**P.** *Un punto de vista absolutamente innovador y necesario...*

**R.** Incluso me atrevo a decir que la pandemia ha hecho avanzar el momento en que las ideas y principios fundamentales de Cerdà se consideraran *mainstream*. Antes he comentado que mi intuición me sugería que este hecho se produciría en 2050. A lo mejor llega mucho antes este *momentum*. Es posible que la gente (los técnicos, los científicos, los profesionales, los políticos) no se dé cuenta que las ideas y principios que adopta o inventa son parte del “kit de herramientas” propuestas por Cerdà, o que las soluciones específicas que ponen en práctica habrían cumplido sus requisitos básicos. Aquellos que conocemos su enorme aportación a la comprensión global de la ciudad y del mundo, a la mejora del bienestar humano, podemos ayudar y alentar este proceso en pro del reconocimiento a su labor. Creo que sería justo reformular la consigna anterior: no solamente necesitamos más Cerdà, sino que, a fecha de hoy, necesitamos a Cerdà más que nunca.

---

## AGRADECIMIENTOS

La realización de este artículo se inscribe en el marco del proyecto de investigación EPRL 000802, fundado en el convenio de colaboración entre la Universitat de Barcelona y la Sociedad General de Aguas de Barcelona (febrero de 2019), y dentro del programa del grupo de investigación consolidado GRAM (Grup de Recerca Ambiental Mediterrània), reconocido por la Generalitat de

Catalunya (2017 SGR 1344). Los autores quieren agradecer a Laura Capellà Pozo su ayuda en el proceso de transcripción de la entrevista.

© Copyright: Joan Tort, Albert Santasusagna, 2021

© Copyright Biblio3W, 2021

Ficha bibliográfica:

TORT, Joan; SANTASUSAGNA, Albert. Cerdà, una reivindicación permanente. Apuntes de una conversación con Bernard Miller. Biblio3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales. Barcelona: Universidad de Barcelona, 5 de enero de 2021, vol. XXVI, nº 1313 [ISSN: 1138-9796].